

## 14 DE SEPTIEMBRE. EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ.

LA CRUZ ES MÁS QUE UN SÍMBOLO CRISTIANO. Es un símbolo cósmico. Al final, el sufrimiento nos toca a todos de una u otra manera y nos pone ante la verdad. La cruz es ese veneno, que lleva su antídoto escondido. El veneno se cura con el veneno, el antídoto es extraído del veneno (los griegos lo llamaban *fármakon*). La amargura se quita abrazando la amargura. El leño amargo endulza el agua amarga. La cruz es la llave que da sentido a la muerte del ser. La muerte cura la muerte. No podemos perder la perspectiva. Cuando investigamos cómo una célula se come a otra, lo que estamos sintiendo es el vértigo de lo que está fuera de control, que tarde o temprano nos afectará y desvelará el sinsentido de todo aquello por lo que nos movemos y existimos. Cuando repensamos nuestra ciencia, la bioquímica, la medicina, el derecho, el efecto perverso de ese conocimiento es que desde ese lugar creemos estar atacando al mal radical cuando solo estamos poniendo paños calientes. Si no penetramos nuestras ciencias por la incómoda pregunta: ¿qué sentido tiene el sufrimiento, la muerte, la injusticia, la insoportable soledad no querida?, no aportamos nada más que andamios en el vacío. En definitiva ¿por qué la cruz es el símbolo universal en el que Dios se ha querido presentar a nosotros como culmen de su encarnación?

Los padres griegos no suelen utilizar la palabra *stauros* (cruz) para referirse al instrumento del suplicio de Cristo sino *xylon* (leño, madero)<sup>1</sup>. Remiten siempre a las aguas amargas de Mará<sup>2</sup> en el desierto que fueron endulzadas por Moisés con un leño; o al mástil de madera en el que Moisés enroscó una serpiente de bronce, para neutralizar el veneno de las serpientes que provocaban la muerte -sugerencia de YHWH a Moisés<sup>3</sup>- haciendo que se curaran todos aquellos que levantando la vista la miraban. ¡Dejemos de echar azúcar en las heridas, estas se curan con sal! Todas nuestras técnicas y métodos científicos y psicológicos tratan de echar azúcar a las heridas que nos motivan al estudio de la naturaleza herida/caída de las personas. Todas las ciencias esconden en su cometido y motivación la reparación de las carencias, la cauterización de las llagas

---

<sup>1</sup> Cf. Francesco Voltaggio, *Il leone che si è fatto agnello*, Chirico, Napoles, 2017.pp. 78-82.

<sup>2</sup> Éx, 15, 22. "Moisés hizo partir a los israelitas del mar de Suf y se dirigieron hacia el desierto de Sur: caminaron tres días por el desierto sin encontrar agua. 23.Luego llegaron a Mará, porque era amarga. Por eso se llama aquel lugar Mará. 24.El pueblo murmuró contra Moisés, diciendo: «¿Qué vamos a beber?» 25. Entonces Moisés invocó a Yahveh, y Yahveh le mostró un madero que Moisés echó al agua, y el agua se volvió dulce".

<sup>3</sup> [Números, 21](#), 4-9 "Y habló el pueblo contra Dios y contra Moisés: «¿Por qué nos habéis subido de Egipto para morir en el desierto? Pues no tenemos ni pan ni agua, y estamos cansados de ese manjar miserable.» 6. Envió entonces Yahveh contra el pueblo serpientes abrasadoras, que mordían al pueblo; y murió mucha gente de Israel. 7.El pueblo fue a decirle a Moisés: «Hemos pecado por haber hablado contra Yahveh y contra ti. Intercede ante Yahveh para que aparte de nosotros las serpientes,» Moisés intercedió por el pueblo. 8.Y dijo Yahveh a Moisés: «Hazte un Abrasador y ponlo sobre un madero alzado. Todo el que haya sido mordido y lo mire, vivirá.» 9. Hizo Moisés una serpiente de bronce y la puso en un mástil. Y si una serpiente mordía a un hombre y éste miraba la serpiente de bronce, quedaba con vida." Curiosamente el pueblo hizo de ese milagro su propio ídolo, y como si fuera la diosa Asera, llevaron su serpiente de bronce con ellos, hasta que en Reyes 18, 1-4, fue destruida para siempre tras una derrota. La idolatría se adapta a los nuevos tiempos bajo centenares de disfraces.

del ser humano derivadas del pecado original. Estas llagas son la manifestación externa de esa infección antropológica que no deja de reproducirse de generación en generación. Es el desfondamiento antropológico, la insatisfacción la clave de toda búsqueda, de toda mejora y todo peligro. Decía así, Ludwig von Mises, miembro significativo de la “Escuela de Viena de economía”: «El hombre al actuar aspira a sustituir un estado menos satisfactorio por otro mejor. La mente le presenta al actor situaciones más gratas que las que este, mediante la acción, pretende alcanzar. El malestar es siempre el incentivo que induce al individuo a actuar [...] Pero ni el malestar ni el representase un estado de cosas más atractivo bastan por sí solos para ... reducir la incomodidad sentida»<sup>4</sup>.

El secreto a voces que saca a la luz el cristianismo es casi una contradicción: La muerte del ser se cura dando el ser<sup>5</sup>. Pero es una contradicción solo en apariencia. Mirandola detenidamente todo el mundo sabe que la enfermedad se cura recibiendo cuidados. Dar el ser es entrar gratuitamente en la dinámica del sacrificio: ¿qué es sacrificar? La búsqueda del sentido de los ritos, de la liturgia, de los símbolos, es algo constitutivo del ser humano. Sacerdote es el que hace lo sagrado, que es el sacrificio. Pero cuando lo hace está conmemorando el único sacrificio que vale: el de un Dios que se dio a sí mismo en expiación. Este sacrificio hace pasar el culto de la Iglesia de lo sagrado a lo santo. Por eso el sacerdote, más que un repartidor de culto a otro es el transmisor/donante de su propia sangre: o se da a sí mismo o está vacío de sentido lo que hace. El resto de los que formamos parte de la Iglesia también tenemos un cometido sacerdotal por nuestro bautismo para con los demás miembros que la componen. El bautismo nos da la posibilidad de aspirar a ejercer con toda legitimidad como sacerdotes (aquellos que ofician el sacrificio de sí mismos sobre el altar del otro, entendiendo al otro como presencia de Cristo ante mí); como reyes, cuya realeza es hacerse el último para servir sin condiciones a los demás; y como profetas: aquellos que profieren la verdad, duela o no, levante ampollas o no. El bautismo confiere la potencia de aspirar a la santidad entendida como ética más allá de la ética, del intercambio o la reciprocidad. Lo sagrado

---

<sup>4</sup> L. von Mises, *La acción humana. Tratado de economía*, Unión Editorial, Madrid, 1980, pp. 38-39. In José Tomás Raga, “Naturaleza y bienestar: la búsqueda de un desarrollo racional sostenible”, Nunciatura Apostólica en España, *La cuestión ecológica. La vida del hombre en el mundo*, BAC. Madrid 2009, p. 203. Actas del congreso Internacional sobre ecología.

<sup>5</sup> Por eso el centro de toda la vida de la Iglesia es la eucaristía, y por eso en su cabeza (Cristo) la representa el sacerdote: hace lo sagrado, no un culto vacío; hacer lo que sacrifica es darse. San Ignacio de Antioquia pidiendo a sus hermanos que dejen que los leones lo mastiquen, ejemplifica esta visión perenne de la vocación de la Iglesia.

se queda en numinoso, misterioso, envuelto en sangre<sup>6</sup>, lo santo se transforma en liturgia de santidad, en implicación ética que trasciende los límites de la ética<sup>7</sup>.

La pregunta que nos asalta cuando los acontecimientos como los terremotos, las catástrofes nucleares o la COVID19 es: ¿se trata de donarse todo o solo en parte? Todo el mundo reclama el todo. El amor es todo o nada, no hay fragmentos a compartir. El ser, que no se puede trocear. ¿Pero “todo el ser” quién nos lo dará? El mercadeo del amor es el consuelo de los que habiendo aspirado a todo se han quedado a medias. Los hombres se autoafirman: “no hay nada más”. La tristeza y la amargura se apoderan de ese sentimiento frustrante de que no hay nada más que el trozo o sucedáneo del amor que experimento con el placer, lo agradable de algunas experiencias o momento, y nos auto consolamos. ¿Pero es que acaso puede un ciego guiar a otro ciego? (Lc 6, 39-49). O los dos reclaman lo mismo y ninguno lo puede dar... no se puede dar lo que uno no tiene. Tiene uno que haberlo recibido todo para poder darlo todo. El neopelagianismo mundial en el que estamos inseridos<sup>8</sup> cree que no se necesita a la Iglesia ni la ayuda de la gracia para hacer el bien, pero con eso se pierde una dimensión antropológica y social que no puede dar la solidaridad entre los pueblos, la ética cívica o la educación de la ciudadanía. ¿De qué tipo de bien hablamos? El concepto de bien que manejan las éticas dominantes se queda corto. Haría falta una supraética para comprenderlo. Se trata según la encíclica *Deus Caritas est* de un amor por encima de la muerte, que es lo que ejemplifica la cruz de manera paradigmática. No valen pactos. ¿Puede brotar la fuerza que el hombre necesita para amar así, la capacidad de donarse a sí mismo para que el otro sea, de un sacramento devaluado, o considerado un rito en desuso, o mejor, desnudado de su significado? La fuerza deriva de la participación en un sacramento que, sin tener que pasar necesariamente por el sufrimiento de Cristo, sin embargo, produce el mismo efecto que produjo en él: hace experimentar la resurrección en aquel que

---

<sup>6</sup> Respuesta del señor M. SERRES al discurso del señor R. GIRARD, *Discurso pronunciado en la sesión pública de la academia francesa* (15 de diciembre de 2005): “Hay dos clases de religión. Casi naturalmente, las culturas engendran las religiones de lo sagrado, que se distinguen de aquellas que estos mismos colectivos apenas pueden tolerar [el cristianismo] porque, santas, impiden el asesinato. Raro y difícil de vivir por su excepción insoportable, el monoteísmo trae la crítica más devastadora de los politeísmos corrientes, que resucitan sin cesar con su fatalidad. Lo santo critica lo sagrado, como el monoteísmo la idolatría [...] De golpe, usted me ha hecho comprender esto, que ha cambiado mi vida, la de distinguir lo santo de lo sagrado, ni más ni menos que lo falso de lo verdadero. *Teología, ética, epistemología hablan, en tres disciplinas, como una sola voz. [...] Lo santo se distingue de lo sagrado. Lo sagrado mata, lo santo pacífica*. No violenta, la santidad se aleja de la envidia, de los celos, de las ambiciones de las posiciones de grandeza, asilos del mimetismo y así nos libra de las rivalidades cuya exasperación conduce hacia las violencias de lo sagrado. El sacrificio devasta, la santidad ilumina. Vital, colectiva, personal esta distinción recubre aquella, cognitiva, de lo falso y lo verdadero. Lo sagrado une violencia y mentira, asesinato y falsedad; sus dioses, modelados por la colectividad furiosa, rezuman lo inventado. Por el contrario, lo santo armoniza amor y verdad. Sobrenatural genealogía de la verdad que la modernidad no lo sospechaba: no llamamos verdadero más que a amar inocentemente; no descubriremos, no produciremos nada si no nos convertimos en santos”.

<sup>7</sup> "Os exhorto, por la misericordia de Dios, a presentar vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios" (Rom 12,1).

<sup>8</sup> Otra herejía expresada en el espíritu prometeico (activismo de la Iglesia).

come su carne y bebe su sangre, es decir, da la fuerza para vivir para el otro<sup>9</sup>. Este descubrimiento está en las antípodas de la vida sin Cristo y sin la Iglesia. Lo que el hombre no ha advertido es que vivir para uno mismo, algo que no se pone en cuestión como objetivo vital del hombre postmoderno, es el infierno, es la soledad y el miedo al otro, una condenación que pesa como una losa. Sartre y el nihilismo al uso nos lo recuerdan una y otra vez con el pesimismo del que sabe que no hay salida (A puerta cerrada). Vivir para el otro es la fuente de la vida, de la realización como persona, de la verdadera humanización.

«Sobre todo, hoy, cuando el aislamiento y la soledad son una condición generalizada, a la que en realidad no ponen remedio el ruido y el conformismo de grupo, resulta decisivo el acompañamiento personal, que da a quien crece la certeza de ser amado, comprendido y acogido»<sup>10</sup>.

Ahora bien, el tema, repito, es si se puede dar lo que uno no tiene. ¿Dónde y cómo se puede recibir? Esta es la oferta de salvación en la historia que prepara para el más allá de la historia. La necesidad de un amor no negociable, de un amor gratuito, que el hombre tiene como posibilidad, aun cuando cree que no existe, si se abre a la fe. ¿Dónde encontramos esa vocación a la caridad en forma de acompañamiento al otro herido por el pecado original? Es la oportunidad de anunciar el Evangelio. Solo la Iglesia tiene la posibilidad de comunicar este secreto a voces que guarda desde hace milenios, porque ella es este mismo cuerpo redivivo, hecho carne, que hace extensivos los miembros de Cristo al hombre de cada generación para que se pueda unir a él, para que se le pueda tocar, conocer. La Iglesia hace de manos de Cristo para tocarle y de altavoz para oírle. Frente al griterío babélico que nos envuelve solo vale el testimonio: la vida comunitaria interior: ¡“miradlos” con que amor al hombre trabajan, estudian, hablan, dicen, se cuidan, son uno! La búsqueda de razones para explicarse ese enigma no se deja esperar: “actúan así porque han experimentado el ser amados en la liturgia, en la vida de la fe que comparten, han bebido agua de la misma fuente, ... yo también quiero beber de esa fuente”. La clave es pues levantar el “leño”, encaramados en él, mostrar la esperanza en que no nos morimos por las heridas que, al que no ha conocido a Cristo le roban la esperanza, y dejar que lo miren. Las conclusiones las sacarán cuando ya no puedan más, cuando ya el azúcar, los antidepresivos, los ansiolíticos y las mil drogas y fuentes de alienación ya no sirvan más.

---

<sup>9</sup> “Y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos” (2 Cor, 5, 15).

<sup>10</sup> Benedicto XVI, Discurso en la inauguración de los trabajos de la Asamblea diocesana de Roma, Vaticano, lunes 11 de junio de 2007.